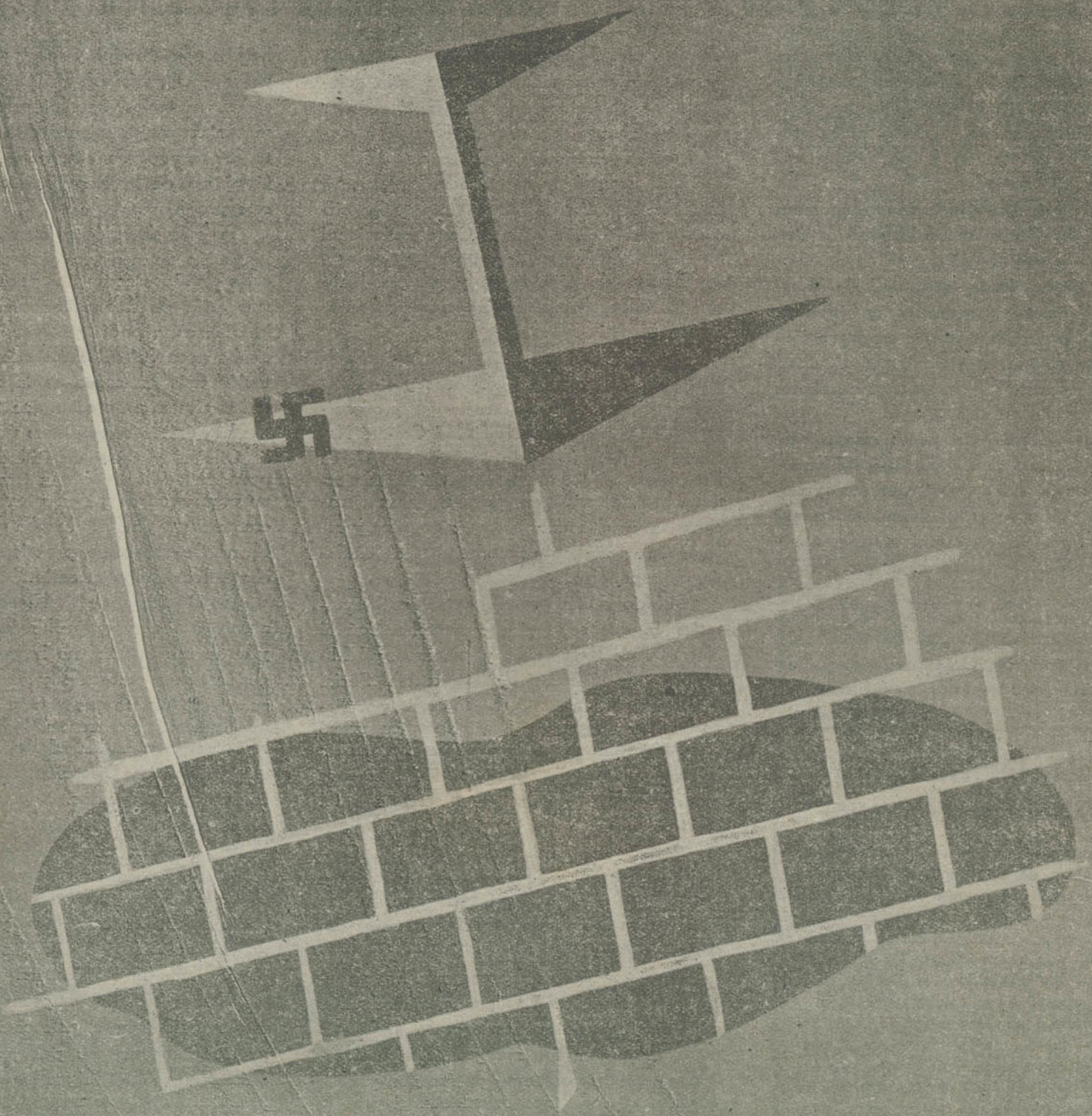


2

OCÉANO

Revista quincenal para los refugiados



Casi un año de trabajo para los refugiados.



La O. C. E. A. R. deja paso a la Dirección General de Evacuación y Refugiados

Obligado es en este número hacer un comentario amplio a la labor y actuación que el Gobierno de la República ha dedicado, por medio de sus órganos, a los problemas de la evacuación, y, por consecuencia, al de los refugiados.

Los pueblos, desde los primeros momentos en que se vieron invadidos por los fascistas, ante la brutalidad que éstos desarrollaron, se vieron en la necesidad de abandonar sus lares por dos motivos principales: el primero, por el instinto de conservación, y el segundo, por el sentido de dignidad que la mayoría de los ciudadanos españoles tienen arraigado en alto grado.

Este movimiento de masas necesitó de un organismo que encauzara sus problemas, que solucionara sus asuntos, que les ayudara en sus cuitas, que les amparase en sus desgracias, que les levantara moralmente y que les agradeciera la dignidad que demostraban.

En los primeros momentos estos organismos nacieron por doquier. Hijos del mismo pueblo y de las Organizaciones y Partidos antifascistas se crearon infinidad de

Comités de Refugiados, que, sin ninguna orientación y sin ningún plan, y sólo guiados por el instinto solidario, intentó atender a tanto español que se veía forzado a alejarse de su terruño.

Bien pronto las necesidades impusieron una coordinación de los servicios y las circunstancias dieron vida al Comité Nacional de Refugiados, que fué la primera etapa de las labores de evacuación y refugiamiento que se encuadraron en la órbita gubernamental.

Una labor dura. Una labor supendinámica, sin ningunas posibilidades y facilidades de éxito completo, sin ninguna organización apta para ese servicio, el Comité Nacional de Refugiados, por mediación de su Presidente, el actual Ministro de Estado señor Giral, atendió en las primeras evacuaciones a las evacuaciones más penosas y refugió un contingente innumerable de ciudadanos españoles.

Debido a una serie de pequeñas dificultades en que se desarrollaba dicho Comité Nacional de Refugiados y existiendo el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social—creado para los fines que le eran peculiares—, el Gobierno de la República creyó conveniente que los Servicios de Evacuación pasaran a depender de dicho Ministerio, por medio de una Oficina que se crearía a tal efecto.

Al quedar constituida la Oficina Central de Evacuación se impuso la árdua tarea de dar forma orgánica a todo aquello que estaba disperso y que prestaba servicios dedicados a este fin.

Pero una de las labores más importantes que realizó dicha Oficina por mediación del Ministerio antes citado y del Gobierno de la República fué recoger todas las realidades que el problema presentaba y convertirlas en leyes que orientaban el problema de los refugiados en un amplio sentido de solidaridad, de ciudadanía y de antifascismo.

En fin, puede decirse que la labor realizada por la O. C. E. A. R. fué la labor intermedia que recoge en líneas generales los

hechos consumados y los transforma en leyes que después son pulimentadas, modificadas, en todos aquellos sentidos que presentan un mejoramiento de las mismas. Esto fué la segunda etapa de las labores del Gobierno de la República con respecto a este problema.

Pero la duración y la casi prevista prolongación de la guerra y la continuación de estos servicios como una cosa normal, forjó una serie de necesidades imprevistas, que la Oficina no podía resolver, porque le precisaba para sus relaciones de una representación más en consonancia con la profundidad de los problemas que trataba.

Los éxitos conseguidos últimamente por la Oficina y estas necesidades antedichas, preveían positivamente la transformación en un organismo de superior categoría. Pero si era previsto y nadie dudaba que era un problema de delicadeza para los que regían dicha Oficina, el plantearlo.

El Gobierno de la República, que está atento a todos los problemas de la guerra y de la retaguardia, no ha tenido necesidad de ninguna indicación para comprender a su debido tiempo que la O. C. E. A. R. tenía que transformarse en un Organismo de más representación. A tal efecto, transformó dicha Oficina en Dirección General de Evacuación y Refugiados. Y esta es la tercera etapa en que el Gobierno de la República ha intervenido, dando así un fin lógico y justo a la inmensa labor que dentro de los estrechos medios de una Oficina ha realizado la antigua Secretaria y la actual Directora de Refugiados y Evacuación, ciudadana Eladia F. Puigdollers.

Hemos dicho al empezar que no podíamos resistir el hacer este comentario y ahora repetimos que no podemos cerrarlo sin felicitar a los que dirigen los destinos de este Ministerio por este acierto logrado, que es el fruto de la labor realizada, y al Gobierno de la República porque ha sabido transformar en realidad aquello que, para los que conocemos íntimamente los problemas de los refugiados, era una necesidad sentida y de una consecuencia lógica.

La Maternidad de Fuente Podrida

A primeros de este mes fué visitada por la Directora de Evacuación y Refugiados la Maternidad de Fuente Podrida.

Durante su visita pudo observar la señorita Eladia F. Puigdollers la normalidad con que se prestaban los servicios, por cuyo motivo felicitó al Dr. Carreras y a su esposa, digna colaboradora suya.

Se interesó por la marcha de todos los servicios, tanto a lo que se refiere al profesional técnico como el de asistencia a los niños en su Casita y el de los servicios de intendencia que se prestan en dicho establecimiento.

Esta visita tenía una finalidad bien concreta: La de dar por terminada la organización total y constatar la entrada en el periodo normal de dicha Maternidad, cosa que se ha logrado definitivamente.

Los refugiados tienen pasta de héroes

Cómo se evaden los ciudadanos conscientes

Para algunos, un refugiado es un ciudadano más.

Para nosotros, que conocemos sus dolores, sus tragedias, sus desfallecimientos, sus reacciones, sabemos que el refugiado es un ciudadano antifascista cien por cien y a toda prueba.

Entre ellos los hay que para llegar a nuestro lado se han jugado la vida varias veces. Otros que han venido a luchar con nosotros, abandonando al otro lado a todos sus familiares. Otros que han preferido las inconveniencias que produce la guerra a las comodidades que proporciona un país extranjero sin lucha.

Y de que los refugiados son ciudadanos de honor de la República Española, da patente prueba el hecho de que en todas partes y en todos los sitios los refugiados están siempre en primera línea y dispuestos siempre y en todos momentos a demostrar nuevamente el calor y cariño hacia las ideas de libertad, de equidad y de dignidad.

Hoy reproducimos una explicación que un compañero nos entregó, de los peligros que tuvieron que sortear para llegar a nuestro lado. Por ser interesantísimas y reflejar lo que de los refugiados decimos, las publicamos.

«Todos nosotros pertenecemos a las organizaciones obreras, y, por lo tanto, éramos conocidos como auténticos antifascistas. Al llegar el 19 de Julio comenzó para los trabajadores un verdadero calvario. Huimos, pero la fuga resultaba peligrosa. Las costas están vigiladísimas. No sale una sola barca de pesca que no sea revisada. Impotentes por la falta de armas para librar combate en las calles contra la reacción triunfante, la mayor parte de nosotros hubimos de escondernos. En el campo, en las cuevas, donde podíamos. Nuestros familiares nos visitaban de cuando

en cuando. Nos traían noticias: «A fulano le mataron ayer, mengano ha desaparecido, Zutano está preso». Y todos los días las mismas nuevas.

Así pasaron los meses en una espera interminable. Cuando sabíamos de alguna victoria de los leales, nos la comunicábamos entre sí con alegría. Después pasaba el tiempo. Todo seguía igual. La impaciencia nos devoraba por ser liberados. Transcurrido el primer año de guerra comprendimos que no había medio de libertad inmediata si no era evadiéndonos. Pero evadirnos, y, ¿cómo? Nuestros familiares se entrevistaron mutuamente. Se pusieron de acuerdo con los conocidos que se hallaban ocultos. Y, al fin, surgió la idea salvadora. Se compraría una barcaza grande y con ella nos haríamos a la mar. La empresa era arriesgada, pero no había otra forma de salvación.

Nuestro pensamiento quedó pronto convertido en realidad. Tras de vencer enormes dificultades, adquirimos una barca de nueve metros de larga. Tenía vela y remos. Era la que precisábamos. Nosotros, percatados de esto, acordamos, al objeto de inspirar confianza, embarcar en uno de los sitios más vigilados y precisamente por la Guardia civil.

Y, en efecto, tal como lo pensamos lo hicimos. Entre Guardias civiles y como si se tratara de un viaje sin importancia, nos hicimos a la mar. Era la noche del 20 de Septiembre último, fecha que ninguno de nosotros olvidará en su vida.

Ninguno de nosotros entendía las cosas del mar. Por todo medio de orientación disponíamos de una brújula y unos cuantos datos que un náutico nos había facilitado. Debido a esto pasamos algunos momentos angustiosos, sin saber qué rumbo tomar. Por fin, nombramos jefe de expedición a un

compañero en el que pusimos nuestra confianza. Siguiendo sus instrucciones, navegamos 200 millas al norte, hasta que llegamos al Golfo de Vizcaya, donde un barco de pesca nos mostró la ruta a seguir, pero la neblina y los chubascos nos desorientaron de tal modo, que nos consideramos perdidos.

A los tres días comenzaron a escasear de tal manera los viveres, que nos vimos obligados a cedérselos a las mujeres y a los niños.

Nos consideramos sin salvación posible, cuando, tras ocho días de navegación a la deriva, arribamos una madrugada a una isla, a la entrada del Canal de la Mancha. Allí nos atendieron solícitamente. Saciarnos nuestra abrasadora sed y comimos pan tierno. Encontramos varios amigos que nos abrazaban y gentes que nos daban alientos. Luego un remolcador nos condujo al continente, siendo nuestra llegada objeto de la admiración y el entusiasmo popular. Poco después nos trasladamos a España, desde donde partiremos a cumplir nuestros deberes de antifascistas.»

La agilidad de nuestros servicios

Organización y previsión

Es fácil escribir en un periódico lo siguiente:

«Han salido dos caravanas de veinticinco camiones con ropas hacia Teruel».

Pero lo que es difícil, en estos tiempos de carencia y escasez de ropas de abrigo, en 24 horas, poder organizar estas caravanas.

Estos excesos de fuerza no sólo los puede realizar una organización potente, tanto económicamente como capacitadamente.

Y actualmente la Dirección General de Evacuación y Refugiados es una organización completa en todos los órdenes.

No la comparamos con organismos particulares de asistencia, porque no admiten comparación.

Lo constatamos con el hondo problema que se presentó a los Gobiernos, a raíz de la Gran Guerra.

Al hacer la constatación observamos que nuestros servicios de evacuación y refugio han llegado a su madurez con una agilidad, con una organización, con una previsión, que serán cantera de estudio por todos aquellos que —por desgracia— en sucesivos tiempos tendrán que dedicarse a las labores de evacuación y refugiamiento, cuando se produzcan futuras luchas.

Ministerio de Trabajo y Asistencia Social

Dirección General de Asistencia Social
Oficina Central de Evacuación y Asistencia a Refugiados

Periódico que se reparte gratis a los refugiados

Año II -- Valencia, febrero de 1938 -- Núm. 8

La Policlínica de Valencia.

Cómo funciona
y actúa la poli-
clínica para re-
fugiados del
Ministerio del
Trabajo y Asis-
tencia Social de
Valencia

UNA de las cosas más interesantes en nuestra retaguardia es, desde luego, el alojamiento y amparo de los refugiados y evacuados que de los diferentes frentes de combate llegan continuamente a la misma. Organizaciones, partidos y colectividades sin distinción de clases ni de color político, se han superado a sí mismos para que no fuera problema este aspecto de nuestra guerra.

Y así, nos hemos encontrado que estas víctimas inocentes de esta guerra que nos ha sido impuesta por el fascismo italo-germano, han tenido en todo momento la protección necesaria de los hermanos que laboran en la retaguardia.

Uno de los más interesantes aspectos para estos evacuados, aparte de su alimentación y alojamiento, ha sido el de la atención médica en sus diferentes aspectos.

En Valencia, el Ministerio de Trabajo y Asistencia Social ha hecho lo posible para que esta atención fuera completamente atendida, montando una magnífica Policlínica en uno de los sitios más céntricos de la ciudad. En este magnífico edificio, destinado exclusivamente al cuidado y curación de los refugiados enfermos en sus fases varias de especialidad médica, hemos podido constatar el cuidado y solicitud con que son tratados todos los evacuados.

Para poder dar una ligera idea de cómo funciona y actúa esta policlínica, nos hemos personado a la misma, entrevistándonos con el Director de ella, Dr. Laroca, quien, acompañado del

Delegado de la Sección de Puericultura, Dr. Ruiz, ha facilitado, en todos sus aspectos, nuestra labor informativa.

En la misma hemos podido observar que todas las secciones están instaladas con todos los adelantos modernos que exige un establecimiento de esta índole.

Los diferentes departamentos de esta Policlínica moderna que el Ministerio de Trabajo y Asistencia Social ha instalado para todos los refugiados y evacuados que tienen que ser asistidos en sus diferentes enfermedades, actúan afamados especialistas y doctores en medicina.

Las diferentes especialidades que, como decimos, están atendidas por competente personal médico, comprenden las más diversas, teniendo para cada una de ellas laboratorio y departamentos de consulta autónomo. Para las enfermedades de la piel, venéreo y sífilis, matriz y partos, medicina interna, enfermedades de los niños, garganta, nariz y oídos, odontología, enfermedades de los ojos, etc., etc., hay instalados modernos aparatos que pueden competir en perfeccionamiento con los mejores que hasta la fecha hay instalados en los grandes sanatorios y clínicas particulares.

La asistencia médica que, en sus diferentes fases, presta esta Policlínica a los refugiados y evacuados, está debidamente controlada y dirigida por una Sección Administrativa y otra a la que podríamos llamar Técnica, la cual tiene la misión de que todos los servicios se presten con regularidad y garantías necesarias.

Los diferentes departamentos de que se compone esta Policlínica tienen la misión, por medio de los carnets especiales, de dictaminar la clase de régimen alimenticio que necesita cada enfermo, labor que se lleva con un concienzudo interés. Y así, por ejemplo, vemos que en la Sección de Puericultura se protege a los niños sanos, que, debido a las anómalas circunstancias por que estamos atravesando, tienen necesidad de cuidados y alimentos especiales. También estas ventajas las tiene la Sección de niños enfermos, pudiendo decir que los médicos de las diferentes especialidades que hay en esta Policlínica son verdaderos familiares de los enfermos que tienen la desgracia, por causa de esta guerra, de tener

que acudir a la misma, pues en nuestra ligera visita pudimos darnos perfectamente cuenta del trato cariñoso y del interés máximo que todo el personal, tanto médico como particular, trata a los refugiados y evacuados.

El Gobierno de la República no quiere olvidar en ninguna fase la labor de humanidad que se ha impuesto y acentúa cada día más instituciones benéficas como la que nos ocupa, dando con ello un mentís rotundo a los fabricantes de bulos para quebrar nuestra retaguardia. El Ministerio de Trabajo y Asistencia Social, al dotar a los evacuados de esta Policlínica, continúa su trayectoria de amparar y proteger a los desgraciados que el fascismo italo-germano, en su fobia y en sus apetencias invasoras, arrasó sus hogares y destruyó sus familias.

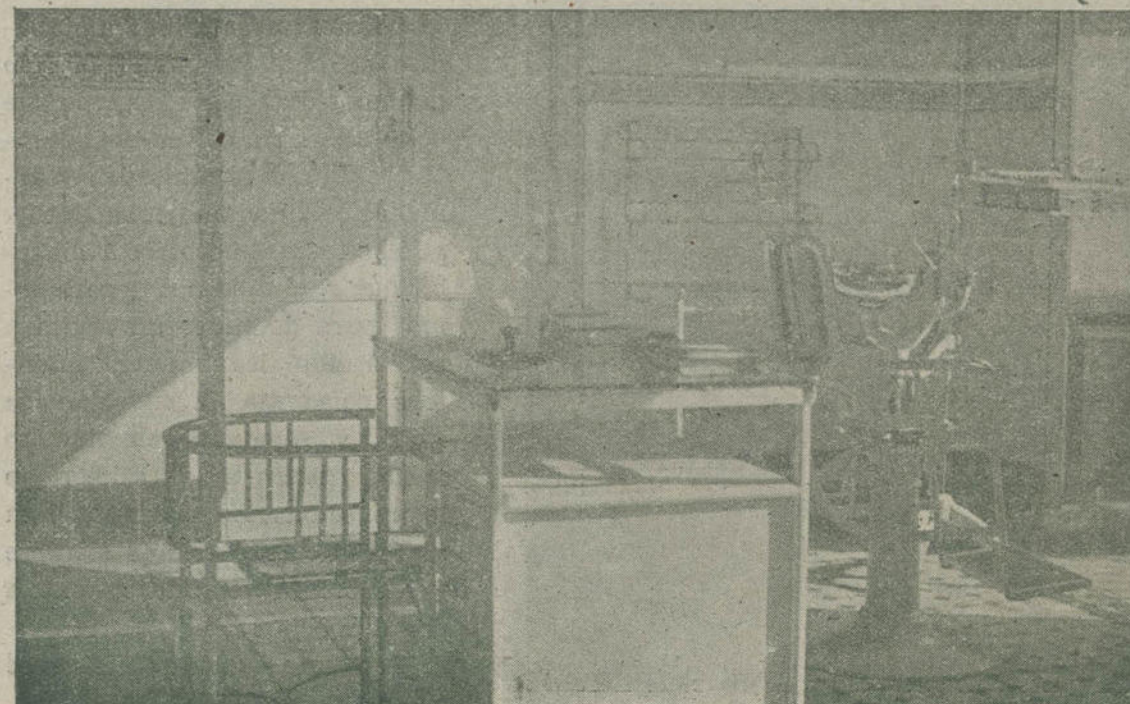
J. POCH



Vista parcial de la Policlínica que el Ministerio de Trabajo y Asistencia Social tiene instalada en Valencia



Un detalle de uno de los departamentos de la Policlínica



Nuestro pueblo refugiado

Para los que no
tienen entusias-
mo antifascista

Era una tarde del mes de Septiembre del año 36 —días en que el repugnante ex general Queipo aún solía «conquistar» fácilmente los pueblos a fecha fija—, cuando los trimotores extranjeros, después de haber destrozado Ronda, perseguían con saña cruel al pueblo rebelde, que, no queriendo ser esclavo, huía por los campos y las carreteras.

Recuerdo a una pobre compañera que daba a luz en medio de la carretera de San Pedro de Alcántara, a unos dos o tres kilómetros de la ciudad, bajo la lluvia de bombas y proyectiles de los trimotores, a la cual no le faltó la solidaridad humana en medio de tanto peligro y tanto anhelo de liberación. Fue asistida por las demás compañeras fugitivas y por la noche, en Igualaja, se le hizo a aquel precioso niño una recolecta.

Aquella tarde del 16 de Septiembre —cuatro días antes de la fecha fijada por el general traidor—, los que nos quedamos a la defensa de Ronda hasta última hora, lloramos a raudales lágrimas del corazón. Perdíamos Ronda, la ciudad querida; perdíamos nuestro ho-

gar, el nido amado; perdíamos un mundo nuevo que se había descubierto en Ronda: una convivencia social que fué el producto momentáneo de todos los antifascistas.

Lloraron con nosotros y como nosotros aquellos que ya habían perdido su terruño, a quienes nosotros no dimos el denominativo de refugiados, sino el de HERMANOS, y a quienes abrimos, desde el momento en que llegaron huyendo de terreno faccioso, las puertas de nuestro hogar. Lloraron con nosotros y como nosotros, la pérdida de Ronda, y la defendieron como nosotros, hasta última hora.

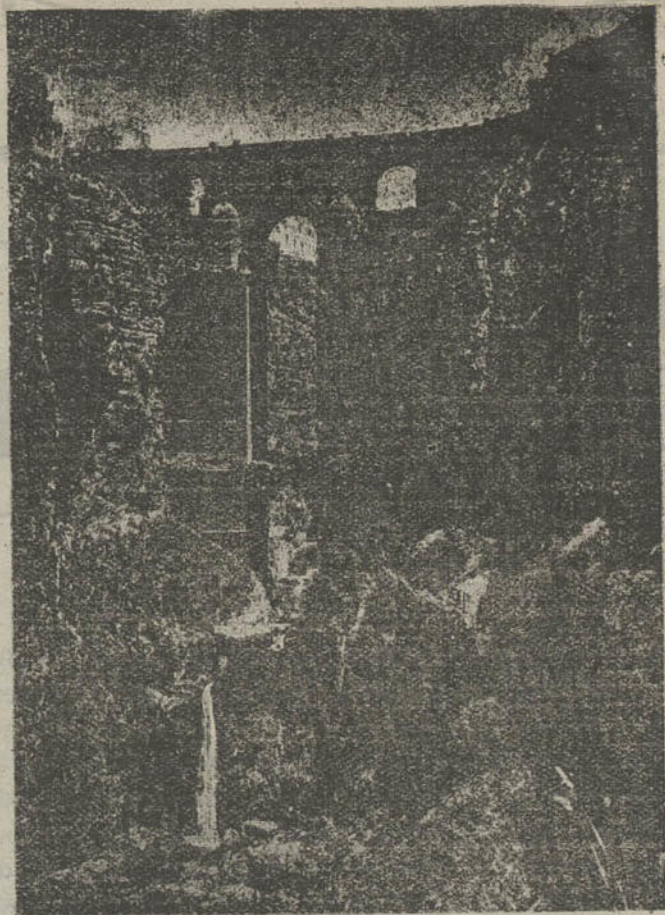
Y salimos todos de Ronda, como se salía al principio del movimiento de los pueblos que conquistaban los fascistas: «con lo puesto».

«Lo puesto» es una frase andaluza. Que es andaluza, por ser Andalucía la región donde el burgués cuidaba mucho de que el obrero no tuviera nunca de ropa más que «lo puesto».

Pero ya en Ronda nadie tenía sólo «lo puesto», pues una justicia social nueva había redimido al pueblo esclavo y todos fuimos igualados. Todos a trabajar, todos a obtener lo necesario, todos a luchar contra el fascismo.

Mas salimos de Ronda «con lo puesto», porque nos alejábamos de la ciudad querida sólo por unos días, por el tiempo que echáramos en volver en potentes columnas organizadas y armadas con maquinaria moderna. ¿Cómo íbamos nosotros a concebir que el mundo nos negara armas para defender un régimen constituido legalmente, mientras consentía la invasión de Italia y Alemania en nuestro suelo, gracias a la traición de los reaccionarios, que tanto han alardeado de patriotas siempre y luego han vendido su patria por despecho?

Pero este pueblo refugiado es



el pueblo antifascista por excelencia. Probado en el fuego del sacrificio, forjada el alma en el yunque del dolor, supone una gran esperanza para España.

Este pueblo refugiado tiene un gran contingente de combatientes en las trincheras, que pelea con doble coraje: por su antifascismo y por la necesidad de reconquistar el hogar de sus familiares. Este pueblo refugiado sabe darlo todo por la libertad, por el triunfo de nuestra causa. Vedlo cómo lo sufre todo; pensad con qué nobleza exclama, por momento: «lo importante es ganar la guerra». Y escuchad lo que dicen sus labios: «cuando volvamos a nuestro hogar, devolveremos bien por mal, para estímulo de los que no han sabido imitarnos».

¡Pobre pueblo sufrido!

Tus sacrificios son piras ideológicas que se elevan a lo ignoto.

Yo no me quiero llamar nada más que refugiado, porque así soy todo lo que he querido ser siempre: hombre libre.

Iré contigo hasta el final de tu viacrucis.

Y al tornar a nuestra bella Serranía, de las florecillas alimentadas con la sangre de nuestros hermanos caídos, haremos una gran corona a su memoria, una corona inmensa y bella que los refugiados dedicarán a los mártires, para que la humanidad aprenda en ella una nueva vida, que los refugiados practicarán mañana con todo el mundo, olvidando lo que han sufrido por parte de aquellos elementos turbios, que no sienten ningún fervor antifascista.

R. ORDONEZ, DE RONDA





AURORAS

ANGELA GRAUPERA

(Continuación.)

La dolorosa y emocionante confesión golpeó brutalmente a la joven como terrible mano de hierro.



Dejóse caer sobre el tronco de un árbol derribado, y, sin contestar, dió rienda suelta a desgarrador llanto.

Respetó el anciano aquel dolor que se manifestaba en toda su áspera grandeza, y sentándose a su lado, sus ojos vagaron melancólicos por el soleado paisaje.

Unos instantes de augusto silencio se hizo entre aquellos dos seres, durante los cuales una conciencia de mujer resurgía de un limbo de helada indiferencia y se elevaba sobre los acontecimientos triunfante y gloriosa.

Enjugóse los ojos Luisa y levantándose sencillamente aceptó:

—Vamos.

El anciano rodeó las jóvenes espaldas con su brazo y así, lentamente y silenciosos entraron en la casa.

La ausencia de Luisa había sido un grito de alarma para su hermana, la cual venía observando en el rostro de la rebelde el proceso que se desarrollaba en su cobarde alma. Y la prudente joven habíase mantenido en atenta vigilancia.

Vigilancia que había logrado burlar y Margarita ansiosamente no cesaba de escrutar las doradas lejanías, esperando surgiera la silueta de la descontenta y desesperada.

También Jaime, inquieto, decíase interiormente que su mujer había seguramente realizado su loco proyecto, lanzándose a desconocida y peligrosa aventura.

Sin comunicarse sus temores, los dos jóvenes elevaban la ansiedad de sus miradas en la luminosa y dilatada llanura.

Cuando les divisaron salieron a su encuentro en efusivo impulso de alegría, y a las demandas



del marido, el dueño de la casa generosamente mintió:

—La encontré tranquilamente sentada cerca del molino.

—Larga caminata, en la cual gustosamente te hubiera acompañado, Luisa. Estarás muy fatigada, ¿verdad?—interesóse, mirando el rostro pálido y descompuesto de su mujer.

—Fatigadísima. Subiré a descansar—disculpóse, aún sin nobleza de valor para sincerarse y confesar la verdad.

Nacieron otras auroras, pregonando otros días sin acontecimientos, con sus horas de trabajo, sus anhelos, sus ilusiones, sus esperanzas y sus quimeras.

Luisa, que tenía incrustadas en la memoria las palabras y los buenos consejos del anciano, empezó tímidamente y hasta con miedo a escucharse, a mirar en torno suyo, sorprendida de que todo le resultaba nuevo, desconocido y maravillosamente interesante.

Cerca de ella no descubría rostros duros y huraños que no fuese el suyo. En los ojos de todos había la resplandeciente alegría del sano y honrado vivir.

Sí, todos eran felices, todos, menos ella, empeñada en hacerse desgraciada.



Jaime cobraba afición a las labores del campo y las ejecutaba con una copia en los labios, y Margarita no cesaba de llenar la rústica casona con los gorjeos de sus risas.

Los dos habían aceptado la disciplina del trabajo sin repugnancia, adaptándose al nuevo ambiente rural.

Únicamente ella mostrábase hostil y rebelde, sin hacer el menor esfuerzo para conseguir la

paz interior en que dulcemente se bañaban su marido y su hermana.

Después de esta inspección íntima, Luisa dirigió su aguda atención hacia las tierras regadas con sangre humana y con la sensibilidad herida salió de su corazón un grito de horror y de compasión.

¡Ah! Cómo había podido durante tantos meses juzgarse desgraciada y permanecer inactiva, llorando únicamente sobre sus propios dolores, cuando el azar habíase mostrado con ella y los suyos ampliamente generoso.

Desfilaban por su imaginación visiones trágicas de los campos de combate, de madres abrazadas a los mutilados cuerpos de sus hijos, resonando el silencio con sus desgarradores lamentos, de huérfanos vagando entre las tumbas de sus padres, muertos por la metralla, y sintiéndose sobrecogida y aterrada.



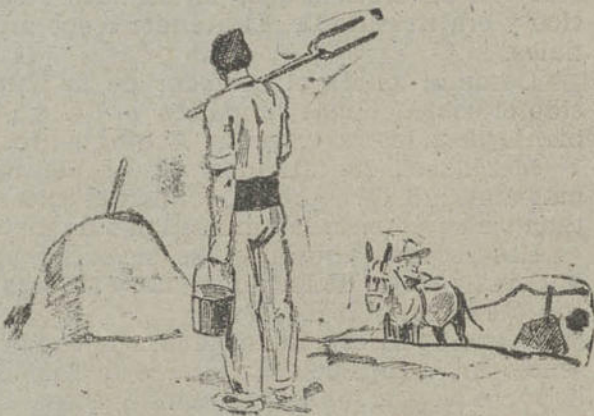
Midió el abismo de su culpable y egoísta indiferencia, se propuso desprenderse de su pesado lastre y ser en lo sucesivo la mujer fuerte, presta siempre al sacrificio y cuya mano consuela, acaricia, sostiene y ayuda.

Perdieron sus facciones la fría rigidez, dulcificóse la mirada y de sus labios no volvieron a brotar frases duras y despreciativas.

No sin tener que sofocar los últimos imperativos de su orgullo, no sin sentir toda la humillación de su vanidad en derrota, tomó la parte que le correspondía en el concierto de actividad rural; no tardando en sentir los beneficios de su íntima victoria.

Era domingo y se descansaba. Los trabajos de recolección tocaban a su término y en el paisaje, entre los verdes opulentos de las hortalizas y de los frutales, se recortaba la tierra parduzca de los trigales ya segados.

Las gavillas de trigo, amontonadas en la era, semejaban distanciadas, enormes y doradas cimenas.



Sentados en torno de la mesa, la conversación había tomado un curso favorable a los recuerdos y evocaron la tarde aquella en que llegaron sucios, hambrientos, rotos y desmayados de fatiga.

—Antes que vosotros habían pasado por aquí muchos fugitivos, a los cuales ofrecimos comida y habitación. Pasaban como vagabundos, sin detenerse, asustados del silencio y de la soledad.

—Como hubiéramos hecho nosotros, a no ser por la corta enfermedad de Margarita—confesó Jaime, con noble sinceridad.

—No comprendo esta poca afición a la vida campesina—añadió Margarita, mirando tiernamente al hombre amado.

(Continuará)

El Comedor de la Estación del Norte

DNA de las actividades más destacadas que han tenido que realizar todos aquellos que a evacuación se han dedicado, ha sido la de tener dispuesta una red de comedores o casas «ad-hoc», donde los evacuados, sin moverse de la ruta que les estaba asignada, pudieran reponer sus maltrechas fuerzas.

Consecuencia de estas necesidades fueron, primeramente, la creación de comedores en los lugares de ruta y de fin de etapa. Valencia, por la gran posición estratégica que ocupa en esta lucha antifascista, fué la que más necesidad tenía de este comedor. Pero también era la que más dificultades se topaba para instalarlo.

La carencia de edificios cerca de la estación, la dificultad de instalar uno en pocos días, hicieron pensar en la necesidad de valerse del lujoso restaurant que había instalado en el edificio de la Estación del Norte.

Tan pronto como los Comités de Obreros de la mencionada Estación tuvieron conocimiento de ello, no titubearon ni un solo momento. El restaurant fué cedido inmediatamente para el servicio de los refugiados y cerrado para el servicio público.

Empezó a funcionar y a un tren fantástico. Valencia en aquellos primeros días era donde convergían, por atracción natural, todos los grandes focos de evacuación. Valencia fué la primera que acogió en su seno refugiados de todas las comarcas de España. Y el comedor atendía a todos aquellos que traspasaban el umbral de su puerta.

Se organizaron turnos en las horas de comer: tres turnos para la comida y tres para la cena. Pero, a pesar de todo, aun no quedaban los servicios atendidos. Se crearon después otros comedores en el interior de la población, pero bien pronto las necesidades naturales de la Estación forzaron a admitir otro servicio. Un servicio que, por su naturaleza, resultaba simpático y era irrefutable. El atender a los milicianos internacionales.

Desde entonces el comedor de la Estación del Norte ha sido el comedor más simpático y el que reflejaba más el ambiente de nuestra tragedia. Combatientes y refugiados.

Mezclados, confundidos, los elementos más separados y más afines de esta guerra, comían el mismo manjar y comentaban alegremente las incidencias de sus viajes.

Las escenas chocantes se sucedían una detrás de otra. Mujeres y viejos de Extremadura y Málaga, intentando hablar con alemanes y franceses.

Recuerdo en este instante una escena graciosísima que presencié entre unas pobres mujeres de Toledo y un buen alemán. El pobre alemán, alto y con unos ojos casi infantiles, intentaba hablar a aquellas mujeres con un mal hablado francés. Les preguntaba si sus maridos estaban en la lucha y les decía que los internacionales barrerían a España de moros y fascistas. Estas preguntas y estas palabras se las repitió, a lo menos, quince o veinte veces, intercalando con las contestaciones que le daban las pobres mujeres, que le explicaban todas las desventuras de su país y los crímenes que habían cometido los fascistas.

Pero lo curioso del caso es que las toledanas se creían que el buen alemán era catalán, y como ellas estaban destinadas a refugiarse en un pueblo de Cataluña, al finalizar la comida y casi al mismo tiempo las tres se pusieron a llorar, acompañadas de sus hijuelos.

Con gritos se lamentaban de cómo se iban a arreglar en Cataluña si no entenderían nada ni les entenderían nada. Y el pobre alemán venga contarles que los internacionales matarían a los «morros».

En este momento intervine y aclaré la conversación. El alemán repitió lo mismo a mi oídos y las pobres mujeres quedaron consoladas y admiradas de que un catalán hablara tan bien como ellas el castellano y no pudieron comprender que un extranjero viniera a defender las libertades de España.

Escenas como estas se han sucedido interminablemente. El personal del comedor casi es internacional. Sabe de todas las lenguas un poco, para hacerse entender con los franceses, con los belgas, con los polacos, con los norteamericanos, etc., etc.

Por este comedor han desfilado y atendido a gente de todas las naciones y de color, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. Antaño, a los señoritos y privilegiados de todos los países que venían en busca de sol unos y de oro otros. Hogaño, los amantes de la libertad de todo el mundo, y los evacuados y refugiados de las tierras azotadas por los fascistas.

Con la diferencia que antes los desgraciados se quedaban fuera y sin comida.

Este comedor, honra de aquellos que se han dedicado a atender a refugiados, continúa su vida dinámica cien por cien. Hoy, como en los primeros días, el comedor cumple su función. Porque nosotros, tanto si avanzamos como si retrocedemos, tenemos evacuación. Ayer por Toledo, hoy por Teruel.

Y el Comedor de la Estación del Norte está siempre dispuesto a atender todos aquellos refugiados y combatientes internacionales que circulan para servicios y necesidades de la lucha antifascista.

Cuando finalice la lucha, el comedor de la Estación del Norte vivirá en la mente de todos aquellos que han desfilado por allí con una profunda impresión de colorido, de matices, que sólo las grandes conmociones producen.

